



PQ 6647
.08
C7

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Al que leyere.

Cariñosas instancias, estímulos circunstanciales y ¿por qué negarlo? ese amor desmedido que profesamos á las propias ideas cuando han encarnado en lo que en nosotros hay de más íntimo, me han movido á coleccionar estas *CRÓNICAS*, entresacándolas al azar de las publicadas por mí en *El Liberal* durante el año que ahora termina.

Escritas al volar de la pluma, inspiradas en hechos fugaces, obra más de sentimiento que de meditación, claro es que han de perder en espíritu reflexivo lo que en espontaneidad ganado haber pudieran. Ellas son así, y así te las ofrezco, convencido de que, buenas ó malas, han sido dictadas por una concepción elevada y sistemática de la realidad, un ansia de perfeccionamiento, un desinterés absoluto y una consoladora y perdurable esperanza, que es el secreto de mis energías y la última palabra de todos mis libros.

31 Dic. 1901



EN LA ALTURA

SOBRE aquel edificio sombrío, colosal, imponente, he visto aparecer una tenue nubecilla azulada; ha salido en apretadas ondas de las entrañas del coloso, y ha empezado á elevarse lentamente, formando caprichosos arabescos, tibia, perfumada, vaga como un ensueño y como una esperanza indecisa.

Después, de otro edificio tan grande, tan suntuoso, pero menos sombrío, se ha elevado otra nube plumiza, apretada, compacta, firme como la realidad. Ha brotado de la alta chimenea, y subiendo, subiendo siempre, ha encontrado á su paso á la otra nubecilla y juntas han seguido su ignorado rumbo.

Barcelona entre tanto no duerme. Su lema es VOLUNTAD. Y esa voluntad es la

que se columpia junto á sus muelles, resuena en sus fábricas, agítase en sus almacenes y golpea en sus yunques. Acaso ella también es la que se prosterna en sus templos. La cuaresma lo exige; una cuaresma fría, coronada aún de nieve en las cumbres lejanas, ceñida aún del cierzo que la envuelve con su helado soplo, oprimida en sandalias de rocío en el césped de las avenidas y de los parques. Todavía está lejos la primavera; todavía no aparecen en los ramajes los tiernos brotes, aún no vibra en los aires el charloteo de las golondrinas. Entre tanto Barcelona se prostra, ora... y trabaja.

Y las nubecillas, ¿qué harán? Las sigo con la mirada y las veo que siguen elevándose juntas. ¿Tendrán ellas también su lenguaje? La fantasía se complace en creerlo y aun en escuchar sus casi imperceptibles sonidos. Es hermoso interrogar á las nubes cuando sentimos la fatiga de escuchar á los hombres.

—Yo salgo—parece como que dice la nubecilla azulada—de las gradas del templo, donde en cincelado y artístico vaso fué engendrada, y me elevo á las plantas de la Divinidad. En mi seno llevo los piadosos cánticos, los graves acordes, las fervientes plegarias de todo un pueblo. Antes de elevarme he besado la túnica de una amorosa

Virgen-madre y el madero de un Redentor sublime. Déjame que me eleve.

He salido—contesta la mayor—abrasadora y pujante de las entrañas del motor. Al formarme he sentido el estremecimiento de la fecundidad y el beso del trabajo honrado. He pasado sin riesgo entre los gigantescos y raudos volantes; he sentido la peligrosa caricia de las móviles máquinas; ha pasado por mis entrañas la aguda lanzadera y la correa sin fin, é impregnada del canto varonil y vibrante de mil obreros voy á disgregarme en los aires, á resolverme en mis elementos primitivos, á condensarme en lluvia benéfica que derrame en los surcos la fertilidad. Deja que me expanda.

—Mira—sigue diciendo la primera:—allá abajo, agrúpanse las gentes en los enlosados y anchurosos pórticos. De aquellos ventanales románicos, de esotras alicatadas ojivas tímidas, rebosan las armonías de los fieles empapadas en lágrimas de gratitud. Por doquiera se ve el recogimiento, la piedad, la devoción austera. Barcelona reza.

—Observa—replica la segunda—cómo columpian sobre las ondas los navíos sus gallardos mástiles; cómo todo es agitación, movimiento, vida; cómo rasgan los aires ecos de martilleo; cómo estallan los haces

de luminosas y fulgentes chispas; cómo se estremece doquiera la tierra al sentir el peso del brazo de hombre. Barcelona trabaja.

—¡El trabajo! Sin la Religión es estéril; sin la fe está maldito desde Tubalcain. Es el horrendo esfuerzo que agota, es la energía convertida en instrumento de degradación y servidumbre. Es la máquina destruyendo al obrero, echando ante sus ojos la venda de la ignorancia y del egoísmo. Es la lucha implacable por la vida, sin fin y sin objeto; es la miserable semilla del odio entre los hombres por un trozo de pan y de la sangrienta guerra entre los pueblos por un pedazo de oro.

—¡La piedad! Sin el trabajo es una vana palabra, eco que el viento lleva. El culto sin las obras un estéril delirio de fariseos. Es la idea que no toma cuerpo en la vida, el verbo que no se hace carne, la verdad convertida en superstición. Ella lleva á los hombres al fanatismo; á las luchas impías de religión y de raza que ensangrientan la Historia; á la absorción del hogar por el claustro, de la sociedad humana por la agrupación monacal infecunda. Ella arroja á los hombres en los negros antros de la esclavitud de la voluntad y del pensamiento.

—¡Insensatez, locura! Pretendes conquis-

tar el universo, y no adviertes cómo vas dejando vacío el corazón de los hombres. Quien me sigue no anda en tinieblas; sigue mis pasos; elévate conmigo al empuje. ¡Divinízate!

—¡Necedad, ceguera! Aspiras á dirigir las almas, y las sumes en las tinieblas; quieres ser dispensadora de lo eterno, y chocas con las leyes de la Naturaleza inmutable. Disgrégate en el mundo: ¡humanízate!

Las dos nubes, condensadas, terribles, se agolpan y confunden en un oscuro germen de tormenta. Sus frases amenazadoras, ¿son réplicas ó, más bien, tableteos de trueno?

Pero en tanto allá abajo, en las anchurosas y espléndidas vías, las gentes se arrebatan un papel impreso. Es un nuevo diario, poderoso elemento de cultura; un arma contra el fanatismo; un ariete contra la impiedad.

A su presencia las nubes se disipan y la luz resplandece. Su lema se encierra en estas consoladoras palabras: Libertad, tolerancia, mutuo respeto.

LA FERIA LEJANA

Quien no la ha visto la ha soñado. Es la orgía de luz y matices, el tierno preludio de la primavera, la sinfonía eterna del amor. Es algo deslumbrante, como el rayo del sol que en los ramajes simula rancias; algo móvil, como la caña azucarada mecida por la húmeda brisa del río moruno; ardiente y dulce como el fruto de la palmera; sonoro como el grato estallido de un beso. Es, ante todo, la feria de Sevilla, la fiesta de la Naturaleza madre que despierta, la *megalense* de la juventud celebrada por Ovidio en sus *Fastos*; la pascua gloriosa del eterno femenino.

Todo se ha dicho: la paleta ha agotado sus colores, la pluma sus giros, la imaginación exaltada, sus tropos. Esa tierra, cuya savia dorada circula en la vid, cuyos acres perfumes se exhalan de la flor del geráneo, cuya vida palpita en el corazón de sus can-

tores y en las pupilas de sus bayaderas, ha infundido también todo el oro y el hierro de sus entrañas en el cerebro de sus genios. Y ellos han cantado á Sevilla, colgando sus esculpidas estrofas de las ramas azules de sus perfumados naranjos; y han incrustado la pedrería de su lenguaje, de sus gallardas ojivas tímidas, sus alquiceles y sus arabescos; y han enredado las hebras prodigiosas de sus imágenes floridas en los alicatados de sus dinteles y en las umbrías de sus jardines y en los florones de sus rejas, y allá, en las cresterías de sus templos. Y su frase vibrante, sonora, incomparable, ha besado las cuerdas de sus guzlas y los pétalos de sus mirtos y las trenzas espléndidas y oscuras de sus mujeres.

Todo se ha dicho y todo queda por decir, porque tu belleza es eterna ¡oh Sevilla!; porque siempre queda ignorada una nitidez en tu frente y un pliegue en tu inmaculada túnica y una gota de néctar en tus copas de ámbar. Todo queda por decir y no se dirá nunca, porque en tí está el secreto de la armonía que no se acaba y de la luz que jamás se extingue ni agota sus irisados cambiantes, y del amor que incesantemente germina y de la vida que se renueva.

No basta contemplar la feria de Sevilla; hay que sentir en el corazón la magia de su

hermoso espectáculo. Allá, junto al río manso y susurrante, se ha detenido, resoplando con silbido estridente, el monstruo de entrañas de hierro y ha arrojado por sus costados la inmensa turba de viajeros curiosos. Cual inmenso hormiguero, se han extendido, confundido y dispersado en las alamedas, los muelles, las calles y los espectáculos. Pero muchos de esos visitantes superficiales no han contemplado Sevilla ni visto su feria. En no pocos, la retina inexperta confundirá en sensación mal analizada matices y notas de color. No hallará en lo vulgar lo genuino y característico. La mancha genial se difumará en su mente con el colorín; el canto melancólico de inflexiones sublimes con el grito sensual. En aquel escenario tan grandioso, la belleza ha permanecido para ellos oculta como la Casina de Plauto. Y sorprendidos, ciegos, atónitos, regresarán llevando en su memoria un borroso recuerdo de algo grande, gigantesco, cuya magnificencia presienten, como el esclavo la del Coloseo, pero que no han podido comprender.

Y, en cambio, hay muchos otros que no han venido, que quizá nunca podrán venir. Entre ellos está el joven soñador y entusiasta, esclavo de un trabajo que aniquila, de un esfuerzo violento que nunca cesa. Un

triste sevillano lanzado por la suerte de su hogar. Y allí, en la soledad de su cuarto de estudio, ó en el rincón malsano de su taller, piensa en Sevilla. Reproduce su mente la Giralda, ese concertante de piedra; San Telmo, esa sinfonía de tallos y ramajes; adivina, sin verla, la fiesta soberana, escucha sus acordes y cuenta sus cadencias. Pero la fiesta pasa y otra y otra más y nunca puede el mísero hacer la peregrinación á esa Meca de la juventud y del amor, tantas veces soñada y solamente en la niñez entrevista.

Aparecen de nuevo los carteles anunciando el concurso de la alegría y la riqueza y no puede contener un doliente suspiro. Tampoco esta vez le verá. No podrá despertar en su alma quejumbrosa el recuerdo de otras noches serenas pasadas cerca de los vistosos pabellones, oyendo las armonías mudejares, respirando el aroma de los azahares y mirando embelesado á las graciosas sevillanas de labios encendidos, ojos deslumbradores, figura esbelta, como fuste de columna corintia, y andar de antílope. Todos van menos él; menos él que tiene un corazón donde puede la luz fulgurar y reflejarse como en un límpido espejo y las armonías extenderse y repercutir como en caja sonora.

Y un día, cuando llegan los ecos de la feria á los confines del mundo entero como un eco de triunfo y rumores de copas que entrechocan, pandeetas que zumban con gracioso cascabeleo, palillos que repican agitados por dedos pequeños y ebúrneos, mientras se agitan lazos y caireles, siente acabar su vida lejos de aquella feria que tanto deseó, de aquella incomparable patria que no volverá á ver. Entonces se incorpora y escucha los mil ruidos que la fiebre le finge. Aquel rumor que llega hasta sus oídos, ¿no es el de las azules ondas del Guadalquivir? ¿No es aquel murmullo el del real de la feria? ¿No es aquel resoplido el de sus potros? ¿No es aquel tierno acento el de sus cantares? Nó. Todo suena *adentro*, en la caja sonora que espera siempre en vano notas que en ella vibran. Sus ojos se entornan; en sus labios se modula una frase: ¡Ay mi Sevilla!

Y muere.

VIVERO DE HOMBRES

Han vuelto. ¡Qué alegría!

¿Son los redondeados verderones, ó las golondrinas de forma de saeta? No; esos aún no han venido. ¿Son los grillos que agitan sus élitros con vibración metálica, ó las hormigas en su doble fila interminable como procesión de viejas devotas? No; esos aún no han salido de sus misteriosos alcázares subterráneos, donde las alfombras son polvo de trigo y briznas de césped, las columnas perfumadas raíces, las paredes fel-despatos y mármoles, las cornucopias cristales de roca y las lámparas gusanos de luz.

Han vuelto, y, con ellos, la primavera, tibia, embalsamada, armoniosa, incomparable. Han vuelto con sus colores aterciopelados, con su frescura exuberante, con su silueta siempre gallarda y su aroma virginal.

Entonces, ¿son las flores de acacia ó de almendro que, á la luz de la luna, entre-

abren en el silencio místico de la noche sus nítidos pétalos? O, ¿acaso las hojas lanceoladas que asoman en los tiernos ramajes como alas de gnomos verdes y diminutos? ¿O tal vez las bombylias diurnas que han tejido su seda y vuelan en danza serpentina á registrar los entreabiertos cálices? No; nunca lo acertaréis: son... los niños.

Son los niños que, en confuso y alborotado tropel pueblan las ramblas y señalan sus minúsculas huellas en los senderos enarenados del Parque. Son los niños; pero ¡ay, cuántos no están que se despidieron al llegar el otoño de las chispas fulgentes de la cascada, de los peces del lago, de las hiedras del bosque y de los tazones de las fuentes! Son muchos los que faltan. El invierno fué duro, las viviendas malsanas, la ventilación insuficiente, los alimentos sanos de más penosa adquisición. ¿Cuántos son los chiquitines que faltan? ¿Ciento? ¿Mil? ¿Diez mil? ¡Ah, Barcelonal ¿Por qué dejas morir en tu hermoso regazo tanto niño?

Este año hay muchos nuevos que emprenden su primer revuelo de alondra, columpiándose en indecisa marcha, tropezando á las veces con susto y congoja de las madres que les siguen sin separar de ellos la vista, como las madonas de Tiépolo. Todos corren gozosos, mirando la naturaleza

sin pasmo y pareciendo decir como Alejandro en Asia: *Todo esto es mío*. Son ellos, los futuros hombres, los que han de alegrar la tierra con sus risoteos y fecundarla con sus lágrimas. Ellos nos mirarán encanecer, cerrarán nuestros ojos y proseguirán nuestra ingrata labor; á ellos, cuando nuestras manos vacilen, habremos de entregar, *quasi cursores lamparæ tradunt*, la antorcha esplendorosa de la vida.

Yo idolatro á los niños. La primera razón... porque no son hombres. Después, porque conservan en su frente el sello del infinito de donde proceden, como los octogenarios el de la eternidad á que van á volver. La existencia es un punto entre dos espacios eternos; una luz entre dos infinitas tinieblas; pero esa luz, azulada y resplandeciente en la infancia, se hace cárdena y triste al alcanzar la cumbre de la vida. Hay en esos infantiles rostros la expresión de sensaciones ignoradas, purísimas, que después habrán de hacerse débiles y confusas, rasgos que han de esfumarse, ideas que no han de tomar cuerpo. Recordad esos días de nuestra aurora, y decidme si al sentir el bordoneo de un insecto que pasa, el rumor de una fuente que corre, el perfume de una flor que se abre, la incierta melodía de una música que se aleja, al per-

cibir vagamente la reminiscencia de sensaciones que habéis experimentado hace ya mucho tiempo, quizá en el regazo de vuestra madre, tal vez sobre los edredones de vuestra cuna, no sentís un profundo estremecimiento, mezcla de dicha y de sobresalto que, por un breve instante, os recuerda otro mundo más bello, más grandioso, iluminado al menos por una luz melancólica y grata, como un destello de la eterna luz, por una claridad vaga y solemne, que no es sino el crepúsculo de la vida.

¿Queréis hallar ignorados placeres? Interrogad á esos niños, porque toda infancia es una sibila. Preguntad al más agitado é inquieto qué es lo que quiere ser.—¡Militar!—os dirá sin duda—para tener un brioso alazán, un refulgente sable y unos negros y sedosos bigotes. No os riáis: es el amor á lo generoso y lo noble lo que palpita en esos deseos. Hace algún tiempo hubiérais podido preguntaros: ¿Será Bazaine ó Bonaparte? ¿Venderá á su patria como Hippias, ó la salvará como Codro? Hoy lo que hay que saber es si podrá alcanzar el puesto más humilde, si no hallará cerradas esas puertas que con la empuñadura de su sable pretende franquear.

Aquel otro os contestará que quiere ser poeta. ¿Cantará la fortuna, ó el amor? ¿Co-

rrerá por los bosques con Ruskin, por las estepas con Turgueneff, ó por el firmamento con Hugo? Sus estrofas, serán las de Quintana á la patria ó las de Fray Luis al hogar campestre? Dudemos, ante todo, que pueda abrirse paso y aplastar á la envidia, á pesar de esa frente tan pura y esas anchurosas pupilas en que parece arder el fuego del profeta adivino.

Id preguntando á todos. Este pretende ser jurisconsulto. Ignora contra qué miserables escollos, contra qué miserables y desconocidas sirtes habrá de estrellarse. Aquél aspira á ser sacerdote, sin pensar que, en su mente, puede un día librarse el asolador y terrible combate del dogma y la razón; del voto que acalla y la naturaleza que grita. Esotro será médico: jugará con la vida y la muerte, y acabará, por fin, por pretender inútilmente lavar sus manos, como Lady Macbeth. No faltará quien pida cultivar esa tierra que, después de negarle sus frutos, habrá de fecundarse con sus cenizas. Todos se hallan dichosos; ninguno analiza. Todos sienten una ambición legítima: quieren ser algo. Pero, ¿lo podrán ser?

La primavera ha vuelto, y, con ella, los niños á los jardines. Ellos sonríen, juegan, saltan como pinzones en regadío; pero las madres lloran, porque los niños se mueren

faltos de alimentación y de oxígeno. Ellos contemplan abiertas las puertas del futuro, pero los padres gimen al mirarlas cerradas con siete llaves. Abramos esas puertas, purifiquemos ese ambiente, hagamos posible la vida de esos niños, para que merezcamos en las mañanas tibias de primavera, acariciar sus guedejas doradas y estampar en sus inmaculadas frentes un beso.

1.º DE MAYO

La plebe llega.

Llega ordenada, consciente, digna, reflexiva, á celebrar su fiesta de floreal.

Pero, ¿no es, gracias al progreso, la desigualdad cada vez menor? Al desarrollo de la riqueza pública, afirma Henry George, corresponde necesariamente una agravación de los males que el trabajador sufre; cuanto mayor es la producción, cuanto más esplendor alcanzan la industria, el comercio, los elementos todos de bienestar, más dura, más terrible, más insoportable se hace la condición del proletario, porque el problema no se refiere á la *producción*, sino á la *distribución* y al *consumo* de la riqueza.

—¿De modo—se dirá—que hemos luchado lustros, décadas y centurias por allanar cuantos obstáculos se han opuesto al progreso, que hemos asentado el inconmo-